

Londongrado Resiste

Llegaron hace una década a Londres con la aspiración de colarse en la *jet* británica a golpe de talonario. Hoy la crisis económica ha mermado sus fortunas, pero los oligarcas rusos con Roman Abramovich a la cabeza, tratan de mantener su altísimo tren de vida y alejar su dinero de los políticos del Kremlin. EMMA ROIG narra el auge y la decadencia de este imperio crecido al sur de Hyde Park.

El multimillonario oligarca ruso Roman Abramovich mantenía una reunión de trabajo en Bakú cuando tuvo un antojo: quería comer una ración de *sushi* del Ubon, en Canary Wharf, su restaurante favorito de Londres. Una petición nada extraña en él. Poco después, una limusina llegaba a recoger el pedido, que recorrió

en un avión privado los 4.000 kilómetros que separan la capital británica de la de Azerbaiyán. El magnate y sus invitados probablemente degustaron el plato japonés más caro de la historia: entre 35.000 y 40.000 euros.

La anécdota es sólo un ejemplo del estilo de vida de los multimillonarios de las antiguas repúblicas soviéticas que llegaron a Londres a principios de 2000 en busca de seguridad, buenos colegios, un

régimen fiscal favorable y una ciudad cosmopolita con un sistema judicial íntegro. En menos de una década se han convertido en lo que los japoneses fueron en los años ochenta y los árabes en los noventa: la gallina de los huevos de oro de la capital británica. Sin embargo, la crisis que ha azotado al mercado bursátil y ha puesto de rodillas al rublo ha desembocado. ▷

IMPERIO
Vista aérea de la casa de Roman Abramovich en West Sussex. El gimnasio costó 2,5 millones de euros.



según publicaba la revista *Forbes* el pasado marzo, en una brutal destrucción de riqueza que incluso ha despojado a Moscú del título de capital mundial de los superricos obtenido en 2007. La revista calcula pérdidas de unos 288.000 millones de euros entre los 87 multimillonarios de Rusia que aparecían el año pasado en su lista, en la que sólo figuran ahora 32 nombres. La catástrofe ha alcanzado a personajes como Oleg Deripaska, de 41 años, amo y señor del sector del aluminio, que ha sufrido una estrepitosa caída y ha pasado de ocupar el puesto 9 al 164 entre los más ricos del planeta. Su fortuna, la más grande de Rusia, se ha reducido a casi una séptima parte: de 21.000 millones de euros a 2.700. A Abramovich tampoco le ha ido mejor, pues se ha visto súbitamente despojado de una tercera parte de su capital. De los 18.000 millones de euros que había acumulado sólo le quedan 6.500.

“Si pierdes miles de millones pero todavía te quedan mil, sigues siendo extremadamente rico”, aclara Dominic Midgley, autor de la biografía *Abramovich: el*

algo ha cambiado hoy en Sloane Street, la zona donde están ubicadas las principales firmas. Las joyas, vestidos y pieles parecen languidecer en sus escaparates. “Muchas de nuestras clientas rusas han dejado de venir y las que siguen comprando preguntan por los precios, algo que no les importaba antes”, explica una de las vendedoras de una fastuosa *boutique* en Sloane Street. En la mítica y exquisita tienda de Lalique, especializada en artículos de cristal, dos rusos, perfectamente vestidos con sendos abrigos a medida, amontonan jarrones frenéticamente. Cuando el dependiente está a punto de darles la cuenta, añaden uno más en un irritante ritual que se repite un par de veces. Finalmente llega la factura: 16.000 euros en menos de 20 minutos. El dependiente no parece sorprendido y, cuando se van, comenta: “Hace unos meses se habrían gastado 32.000 euros. Esto no es nada”.

Gracias a la llegada del capitalismo, en las últimas décadas las mujeres del gigante ruso han sufrido una tremenda metamorfosis. Las imágenes de las moscovitas ca-

vine a Londres me costó adaptarme a las costumbres británicas y tener que decir tantísimas veces ‘por favor’ y ‘gracias’. En nuestro idioma simplemente no hablamos así”, comenta una rusa adinerada. Integradas o no, lo cierto es que su facilidad para consumir ha sido tan notoria en los últimos años que es difícil encontrar una tienda en las prestigiosas áreas de Sloane Street y Bond Street donde no haya empleadas que hablen ruso. Lo mismo ha ocurrido en los dos grandes almacenes de la capital, Harrods y Harvey Nichols, donde ahora las dependientas del este parecen más desocupadas que nunca.

Estábamos tratando de organizar un evento en Harrods, pero ninguna de las mujeres importantes de Moscú, que hace unos meses hubieran subido a su avión sin pensárselo dos veces, confirmó su asistencia. Definitivamente hay crisis”, cuenta Aliona Muchinskaya, la coordinadora de eventos de Red

“ME COSTÓ ADAPTARME A LAS COSTUMBRES BRITÁNICAS Y TENER QUE DECIR TANTAS VECES ‘POR FAVOR’ Y ‘GRACIAS’”

millionario que vino de la nada. Visto así, empobrecerse es un término relativo cuando se ha llegado tan lejos. El problema es cómo están respondiendo algunos de ellos a sus cada vez más voluminosas deudas. ¿Resistirán?

Un ejemplo de que se han visto obligados a bajar su ritmo de vida en Londres es, según explica una dama de la alta sociedad que prefiere mantener su nombre en el anonimato, que “ahora ya no hay listas de espera para los bolsos de *skin*”. En su particular jerga, *skin* se traduce como bolsos de piel de cocodrilo, caimán, avestruz y serpiente que pueden costar hasta 20.000 euros. “En los últimos cinco años era prácticamente imposible hacerse con uno de ellos”, comenta esta consumidora habitual de artículos de lujo. “Cuando te fijabas en los nombres que tenías por delante en la lista de espera, eran todos rusos”, añade. Pero

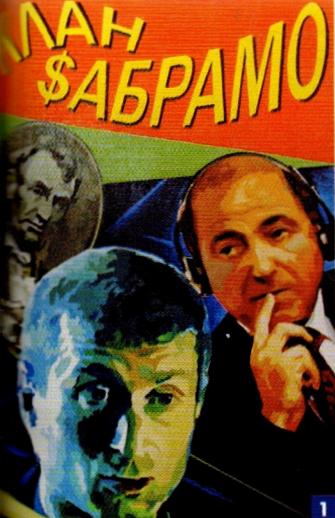
minando por sus congeladas calles envueltas en bufandas y abrigos de ruda lana han dado paso a las de jóvenes vestidas de pies a cabeza con diseños de Roberto Cavalli, Dior o Dolce & Gabbana, saliendo de coches con chófer y rodeadas de guardaespaldas. Las rústicas botas Valenki de la era comunista han quedado en el olvido. ¿Quién se acuerda de ellas cuando se tiene acceso a los *stiletos* de Jimmy Choo o de Gucci? La presentadora de televisión británica Susannah Constantine, conocida por su programa *What not to wear*, considera que el estilo de muchas todavía tiene que mejorar si quieren pasar desapercibidas en la discreta alta sociedad londinense. “Se ponen todo el dinero encima. Me recuerdan un poco a las mujeres de los futbolistas de la década de los noventa, como la Victoria Beckham de entonces, maquilladas en exceso y con una debilidad más que palpable por cualquier estampado animal”.

El choque cultural también ha sido impactante para las recién llegadas. “Cuando

Square Projects, una importante firma de relaciones públicas.

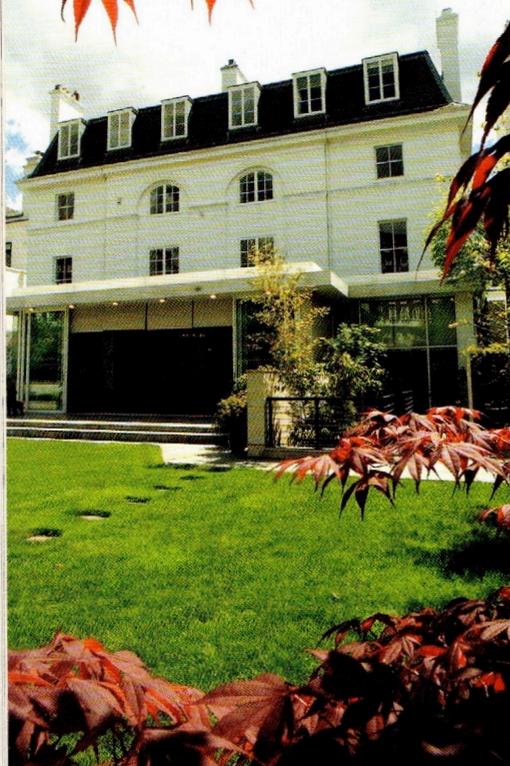
Algo parece claro. Si los rusos más ricos del mundo han perdido el pasado año más de la mitad de su fortuna, la borrachera consumista se ha acabado. Al menos para los millonarios menos privilegiados, los que Mark Hollingsworth, autor del libro *Londongrad: from Russia with cash*, ha bautizado como “minigarcas”, ricos que sobre el papel tenían entre 50 y 100 millones de euros y que ahora están apurando su último par.

Falta por ver si la crisis arruinará por completo a los oligarcas, aquellos que hicieron increíbles fortunas con la privatización de las viejas empresas soviéticas de materias primas en la época de Boris Yeltsin. Adjudicaciones que se hicieron a dedo y convirtieron en poderosos instantáneos a un grupo de jóvenes emprendedores que venían, literalmente, de la nada. Roman Abramovich, por ejemplo, un huérfano nacido en Siberia, comenzó su carrera empresarial vendiendo patitos de plástico ▷



DESMADRE A LA RUSA

(1) Un cartel escrito en ruso con los rostros de Roman Abramovich y Boris Berezovsky. (2) Dasha Zhukova, primera por la izda., en una fiesta en París en febrero de 2007 con Olympia Scarry, Carlota Casiraghi, Mario Testino, Tatiana Santo Domingo y Camilla Al Fayed. (3) Ksenia Gorbachov, (izda.), en la fiesta de la Fundación Raisa Gorbachov en junio de 2006. (4) La casa de Len Blavatnik, en Kensington Palace Gardens. (5) La modelo Natalia Vodianova en un festival ruso en Londres. (6) El Pelores, el yate de Abramovich, en San Petesburgo.



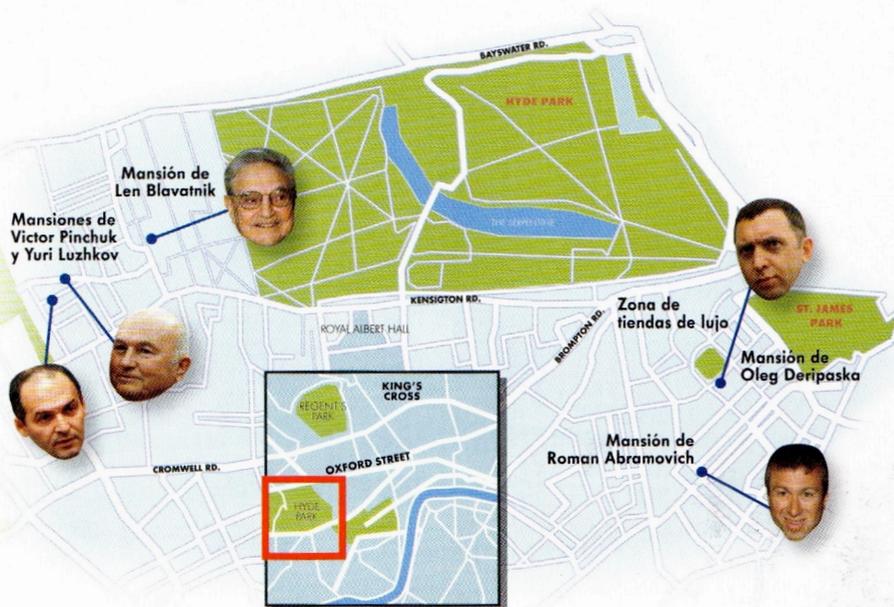
hasta llegar a convertirse en copropietario, junto a Boris Berezovsky, de la petrolera Sibneft. Y si su bella y estilizada novia, Dasha Zhukova, flamante directora de la revista *Pop*, es el miembro *chic* y refinado del dúo, él pasará a la historia de los coleccionistas del mundo por comprar un Francis Bacon por 66 millones de euros y un Lucian Freud por 42 millones. La acumulación de riqueza en manos de pocos y la falta de regulación en tiempos de Yeltsin fue tal que *Forbes* calcula que, entre 1998 y 2004, más de 80.000 millones de euros salieron de Rusia y una gran parte de ese

botín acabó en Londres, donde residen unos 400.000 rusos.

De hecho, en ninguna parte ha sido más palpable el impacto de ese dinero durante sus años de esplendor que en el mercado inmobiliario londinense. Por eso no es de extrañar la preocupación creciente en el sector. Hace tan sólo un año Elena Franchuk, esposa del ucranio Víctor Pinchuk, magnate del aluminio, pagó 86 millones

de euros por una mansión en Upper Phillimore Gardens que tiene un sótano interminable con piscina, sauna, gimnasio, cine y una *habitación del pánico*, como las que recrea la película protagonizada por Jodie Foster. El vecino del matrimonio, en otra casa descomunal, es el actual alcalde de Moscú, Yuri Luzhkov, que pagó más de 50 millones de euros por la suya. Una cifra que pudo haber salido del bolsillo de su mujer, Elena Baturina, hasta hace poco considerada la más rica de Rusia y expulsada de la última lista de *Forbes*. Baturina ha perdido unos 2.500 millones de euros, por lo que se ha visto obligada a pedir ayuda al gobierno ruso para mantener a flote Inteko, su imperio inmobiliario. No lejos de allí, Len Blavatnik, (que se hizo rico invirtiendo en los mercados del petróleo, el aluminio y el carbón) nacionalizado estadounidense, pagó más de 40 millones de euros por una de las mansiones de Kensington Palace Gardens, a escasos metros del palacio donde vivía Lady Di. Poco después compró la casa de enfrente. Su esposa bromea diciendo que “una de las residencias es para vivir en ella y la otra para dar fiestas”.

Tatiana Dyachenko, la hija del ex presidente Boris Yeltsin, también reside en una lujosa mansión de Londres con su marido, Valentín Yumashev, quien estuvo a cargo de la oficina presidencial de su suegro. Y como si se tratara de una telenovela donde todos los personajes están entrelazados, la hija de Yumashev, Polina, está casada





VIDA DE ZARES

De izda. a dcha.: la casa de Franchuk y la piscina de su sótano en Upper Phillimore Gardens; el castillo de la Creo en Cap D'Antibes, de Abramovich y la residencia de Deripaska, en Belgravia Square.

con Oleg Deripaska. La pareja vive en una casa de Belgravia Square por la que pagó 25 millones de euros. Los apuros económicos también han obligado a Deripaska a pedir auxilio al Kremlin, que le ha facilitado un préstamo de 3.300 millones de euros.

A pesar de la debacle, todo parece indicar que las mansiones londinenses en

habitación, y todo completamente automatizado. Y les gustan cosas que son un poco extravagantes para el centro de Londres, como piscinas o aparcamientos subterráneos. Son muy exigentes, quieren el mejor edificio porque para ellos las apariencias son muy importantes pero, sobre todo, valoran la seguridad”, dice Salem.

Chelsea por parte de Roman Abramovich en 2003 está considerada por algunos de sus compatriotas como “una de las pólizas de seguros más baratas de la historia”, según Midgley. “Si las cosas se complican, el Gobierno británico tendría dificultades para extraditar a alguien que representa

ROMAN ABRAMOVICH POSEE DOS AVIONES BOEING, UN YATE, TRES PISOS Y UNA GRAN MANSIÓN EN LONDRES

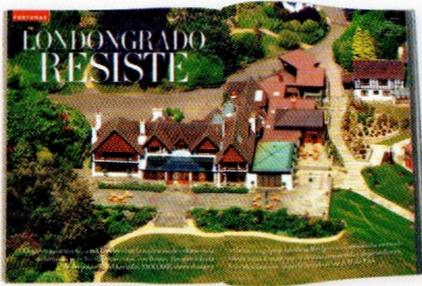
manos rusas no van a cambiar de propietario en un futuro cercano. Lo que sí va a ser difícil es que los agentes inmobiliarios de Kensington y Chelsea encuentren clientes rusos interesados en más adquisiciones, según concluye un análisis del diario *The Times*, con el que coincide Ziad Salem, dueño de Byblos Properties, una agencia especializada en las propiedades más exclusivas de la capital británica. “Ellos han sido los motores del mercado inmobiliario en las zonas más prestigiosas de la ciudad, pero en los últimos meses han desaparecido. Su estilo es muy particular, les encantan los aparatos, una televisión en cada

“Los nuevos magnates rusos viven una existencia muy frágil porque no saben cuándo Putin se puede poner en contra de ellos”, comenta Dominic Midgley, el biógrafo de Abramovich. Con el precio del petróleo a la baja, los bancos occidentales reclamando sus préstamos y la moneda y la Bolsa rusa por los suelos, es fácil que el actual primer ministro, según varios expertos financieros, quiera recuperar para el Estado las ex empresas soviéticas que fueron privatizadas con tan poco rigor en los años noventa.

Frente a un panorama visiblemente oscuro, la compra del club de fútbol

a tantos cientos de miles de forofos del fútbol y que se ha convertido en un personaje tan conocido en el país”, señala. A sus 42 años, Abramovich amasa, además de una gran fortuna, una impresionante lista de *juguets*, entre los que se encuentran tres yates (uno de ellos, el *Pelorus*, de 125 metros de eslora, tiene helipuerto, sala de cine, sistema de detección de misiles, un submarino, tres chefs, ocho ingenieros y una enfermera); dos aviones Boeing 767 y 737, tres apartamentos en Londres y una casa en West Sussex, a las afueras de la capital. Sólo el gimnasio de la vivienda costó (CONTINÚA EN LA PÁG. 196)

Londongrado



(VIENE DE LA PÁG. 69) más de 2,5 millones de euros. El escritor Mark Hollingsworth cree que, detrás de las millonarias obras de arte que compran los rusos, las joyas, los yates y las casas que registran en paraísos fiscales, “se esconde la intención de protegerse contra una posible confiscación por parte del Estado ruso”.

En el hipotético caso de un “ataque” de Putin, la principal arma de los potentados de Rusia es el complejo entramado en las empresas británicas y en la Bolsa londinense, lo que ha hecho que dejen de ser sólo un fenómeno extranjero que se mira por encima del hombro. Las cosas han cambiado. Prueba de ello fue el escándalo que ocupó las páginas de los diarios británicos el pasado verano. Entonces se filtró que en el yate de 85 millones de euros de Oleg Deripaska, atracado frente a la casa de la isla de Corfú de lord Rothschild, se produjo una reunión entre el hijo de éste —el inversor en capitales de riesgo, Nat Rothschild— el ministro laborista del gobierno de Gordon Brown, lord Mandelson, y George Osborne, de la oposición conservadora. Todos compitieron por la atención del magnate y posteriormente

que lord Rothschild, el patriarca, amigo del príncipe Carlos, es una de las figuras más poderosas de Gran Bretaña y una de las mejor conectadas del mundo.

Los retorcidos enlaces entre la élite rusa y la británica llegan muy lejos. El pasado febrero, Boris Berezovsky, la llamada *bestia negra* del Kremlin, un hombre que sobrevivió a un atentado con coche bomba que decapitó a su chófer y que vive bajo asilo político desde 2003 en Gran Bretaña, aseguraba en una entrevista a la cadena de televisión Sky que Putin y “sus compinches” estaban intentando comprar empresas británicas “con dinero sucio” a través de bancos de Islandia. La embajada rusa ha negado las acusaciones argumentando que la justicia reclama a Berezovsky por fraude y que, en todo caso, él es el único experto en dinero de dudosa procedencia. Una aclaración que no ha disipado totalmente las sospechas sobre las actividades de los rusos en Inglaterra.

Prestigio y ‘Glamour’

Vivir en Londres significa para los nuevos millonarios de la antigua URSS formar parte de una de las capitales de la civilización contemporánea con más prestigio que, además, está a sólo tres horas y media de vuelo de Moscú. “Cualquier cultura a la que le ha sido arrebatada la aristocracia, como la francesa o la rusa, busca de alguna manera tener acceso a ella y, si no es posible, al menos intenta formar parte de la alta sociedad. El hijo de una de mis clientas rusas, por ejemplo, quiere ser inglés”, explica el célebre decorador de interiores y antiguo alumno de Eaton, Nicky Haslam, que ha decorado las casas de ocho oligarcas de Rusia.

Haslam, descendiente de una ahijada de la reina Victoria, ha notado un gran cambio en los gustos de sus clientes en los últimos

usos figuras humanas. Mis clientes rusos han sido fantásticos y además no suelen quejarse del precio”, afirma este *socialite*, que el pasado año invitó a la casa londinense de sus antepasados a 800 de sus más íntimos amigos, entre los que estaban la aristocracia y la bohemia, además de la inefable Paris Hilton, que se convirtió en la estrella de la noche.

La primera puesta de largo de los más destacados miembros de *Londongrado* fue el 10 de junio de 2006 en honor de la fallecida esposa de Mikhail Gorbachov, Raisa, y ocurrió en Althorp, la casa solariega donde nació y está enterrada la princesa Diana. El propietario mayoritario de la aerolínea Aeroflot y ex agente de la KGB, Alexander Lebedev, y su hijo Evgeny alquilaron esta antigua mansión decorada con paneles de madera de los que cuelgan filas de retratos de ilustres antepasados de los Spencer, para la primera edición de *A russian midsummer fantasy*. Un evento con 400 invitados —entre los que se encontraban la aristocracia *british* y estrellas de cine y el rock— en beneficio de la Fundación Raisa Gorbachov para ayudar a niños con leucemia.

Caballos disfrazados de unicornios, niñas columpiándose en árboles milenarios y la caballería rusa recorriendo los jardines recibieron a los invitados, que presenciaron la actuación de los Black Eyed Peas. El siguiente año la fiesta se trasladó al castillo de Enrique VIII, Hampton Court, y contó con Elton John como estrella. Otros famosos como J. K. Rowling, Orlando Bloom, Benicio del Toro, Elle Macpherson, Kevin Spacey, Hugh Grant y Naomi Campbell asistieron a la fiesta y se fotografiaron sonrientes con sus nuevos amigos.

Con un desembarco meticulosamente planeado, los rusos han penetrado en la difícil élite londinense. En esa complicada tarea les ha ayudado, y mucho, *Tatler*, la revista social más venerada de Inglaterra, que les puso en el epicentro de las clases altas. Y para mantenerse en ese nivel nada mejor que comprar un periódico, como hizo Alexander Lebedev, que adquirió el *Evening Standard*, uno de los diarios más antiguos de Gran Bretaña. “Obviamente no lo ha hecho por ganar dinero, ya que esta publicación pierde más de 12 millones de euros anuales. Lebedev es un auténtico anglófilo y aspira, por encima de todo, al caché que da pertenecer a la alta sociedad británica”, explica Hollingsworth. También han demostrado que saben utilizar su poder adquisitivo para hacerse dueños de ciertos fragmentos de historia. Nada otorga mayor prestigio que poseer algo relacionado con la corona británica. Si en su día Mohamed Al Fayed, otro extranjero en busca de

“Cuando empezaron a llegar querían todo de estilo imperio con grifos en forma de cuello de cisne; por lo menos no se quejan del precio”

se lanzaron acusaciones mutuas sobre intentos de tráfico de influencias. Nat Rothschild escribió una carta a *The Times*, escandalizado ante el hecho de que una reunión privada se hubiera dado a conocer, una afrenta imperdonable para la exquisitamente educada clase alta británica. La indiscreción puso al descubierto las conexiones entre el más rico de los rusos de Londres y los legendarios Rothschild, detalle muy significativo si se tiene en cuenta

años. Sobre todo, un cierto refinamiento. “Cuando empezaron a llegar querían todo de estilo imperio, con grifos en forma de cuello de cisne. O se iban al otro extremo y demandaban todo súper moderno, como si fuera un hotel de diseño. Pero pronto aprendieron que el lujo no es tener cosas que parezcan caras sino con encanto. Por lo menos no tienen manías. Con los indios está el problema de que piden determinados colores; con los chinos, el del Feng Shui. Los árabes no permiten que

fortuna en Inglaterra, compró la casa de París de los duques de Windsor, el oligarca Abramovich ha seguido sus pasos adquiriendo el Castillo de la Creó en Cap D'Antibes, el lugar en el que vivió Eduardo VIII con Wallis Simpson después de abdicar por amor del trono británico. Con un comedor para 24 personas y una bañera con forma de cisne, recubierta de oro de 24 quilates, la casa, construida por el Rey Leopoldo III de Bélgica, ha estado habitada por el ex rey de Italia, Humberto, por el rey Farouk de Egipto y por los magnates navieros Aristóteles Onassis y Stavros Niarchos.

Mansiones y Arte

Sin embargo, y a pesar de tan ostentosas compras, la austeridad empieza a imponerse. Como ocurre habitualmente en el mundo de los millonarios, las residencias de recreo son las primeras en sacrificarse. Harry Lewis, el representante de la agencia británica Savills, en la Costa Azul, explica que el descenso en las ventas a rusos ha sido dramático, sobre todo si se tiene en cuenta que en la última década casi han repoblado la zona. "El pasado julio pusimos a la venta apartamentos en Antibes con precios entre 5 y 40 millones de euros. El interés fue enorme por parte de clientes de Rusia y de Kazajistán, pero en octubre el interés y los

clientes habían desaparecido", explica. La misma crisis se constata en otros lugares de vacaciones, como Porto Cervo, en Cerdeña.

Pero el indicador de riqueza, el principal símbolo de estatus, no son los fastuosos castillos y residencias, sino el avión privado. Y ahí los rusos se han llevado la palma. "Algunos pedían aviones mucho más grandes de lo que necesitaban, pero lo hacían para que cupiera su ego, no más pasajeros", dice con sorna un empresario del sector. De repente, después del verano pasado muchos han cancelado sus órdenes de compra de nuevos G5 y Global Express y los menos afortunados, los minigarcas, están tratando de vender su participación en vuelos privados. "La mayoría desaparece cuando intentas contactarles para cobrar", asegura el empresario.

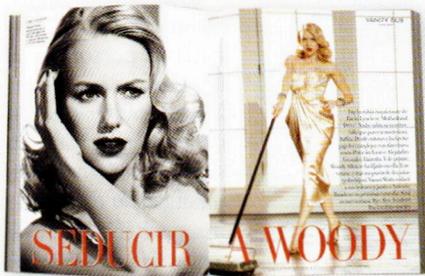
También el mundo del arte está entre los damnificados por la implosión del boom ruso. "Cualquier cosa que tocaban hacía que subieran los precios", explica la bielorrusa Victoria Gelfand, una de las directoras de la galería Larry Gagosian de Londres. "Han estado coleccionando de todo, desde Old Masters a impresionistas, arte moderno y contemporáneo. Ahora han parado. Antes había una obra de arte por cada diez compradores potenciales, ahora hay diez

obras de arte por cada comprador", dice.

Gelfand cree que los rusos que están centrándose en el mundo del arte vuelven, de alguna manera, a sus orígenes. "Ellos vienen de una cultura, la soviética, que valoraba la educación. Teniendo en cuenta que muchos crecieron desprovistos de bienes materiales, en un principio se fueron al otro lado del espectro consumista y comenzaron a comprar coches, joyas y barcos pero, una vez saciados, han vuelto a la cultura, tan afín a su identidad".

Londres se ha convertido en un poderoso imán para los millonarios rusos que buscan privacidad y sofisticación. En realidad, aunque quisieran irse es difícil imaginar un mejor refugio ante una venganza del Kremlin. El fantasma de Mijail Khodorkovsky (el que fuera el hombre más rico de Rusia antes de ser condenado a nueve años de cárcel por fraude y que ahora, a punto de salir, se enfrenta nuevos cargos) planea sobre ellos. La leyenda urbana dice que Marx se retuerce en su tumba viendo los excesos de los hijos del régimen comunista. Y si el Estado ruso se aprovecha de la caída de sus antiguos aliados para recuperar sus bienes, quizás los oligarcas acaben empobrecidos, castigados como los héroes de Dostoievsky, caminando cabizbajos y derrotados por el bellissimo Hyde Park. □

Naomi Watts



(VIENE DE LA PÁG. 121) —Qué gracia, porque recuerdo que os senté a uno al lado del otro en la cena que Sandy [Brant, editora internacional de *Vanity Fair España*] y yo organizamos para Karl Lagerfeld, en la primavera de 2005, en Matsuri, que por aquel entonces era el restaurante favorito de Karl en Nueva York. Recuerdo que pensé que Liev y tú os ibais a llevar bien.

—Nos acabábamos de conocer esa semana en la gala del Instituto del Traje del museo Metropolitan.

—¿Y?

—Nos dimos los teléfonos. Un par de coches después nos vimos en la cena que San-

dy y tú organizasteis. A la mañana siguiente desayunamos juntos. [Se ríe.] Huy, contándolo así parece que... [Risas] No, no quería decir eso. Hubo una pausa entre medias. Te lo prometo. Ese desayuno fue nuestra primera cita. En realidad era la única ocasión que teníamos para vernos, porque yo estaba a punto de volver a Los Ángeles. Con Liev las cosas se desarrollaron de manera muy distinta a la habitual. Suelo ser mucho más cautelosa, ir más poco a poco.

—¿Te definirías como una rebelde o como una chica formal?

—Por un lado, soy rebelde; por otro, muy buenecita. Me empeño mucho en hacer las cosas bien. Y le doy mucha importancia a lo que piensa la gente. Eso le pasa a todo actor, y quien no lo reconozca, miente. Como actor, buscas la aprobación de los demás, quieres que te quieran.

—Recuerdo que una vez viniste a Long Island a ver a tu hermano Ben; acababas de tener a Sasha, y fuimos todos a cenar a casa de Jon Bon Jovi. Después de la cena Jon anunció que iba a haber música en el jardín. Creo recordar que Billy Joel, Jon, Paul McCartney y Roger Waters, que habían estado en la cena, subieron al escenario y empezaron a tocar. Roger Waters ha-

bía sido miembro de Pink Floyd, y vuestro padre había trabajado con él. Parecía muy importante para vosotros verlo cantar.

—Es verdad. Queríamos estar cerca de él. Nuestra familia se desintegró, o se deshecho, cuando teníamos unos cuatro y cinco años. Hay muy pocos recuerdos. Luego murió nuestro padre, cuando teníamos siete y ocho. Nos quedaron pocas cosas a las que aferrarnos, y hay pocas personas que nos puedan contar historias o darnos información. No tenemos muchas fotografías que mirar. En cierto modo, cuando pierdes el recuerdo de esa persona, sientes que también has perdido una parte de ti.

—¿Es ése otro de los motivos por los que eres actriz? Al aprender tantas cosas sobre el ser humano, aprendes mucho sobre ti mismo, te reconstruyes como persona.

—Sí. No siempre sabes por qué aceptas un papel, pero en un determinado momento lo entiendes, quizá durante el rodaje, o después; a veces incluso durante la primera lectura resulta evidente que tienes que hacerlo.

—Siempre te transporta a otro lugar.

—Y tanto. Si miras mis notas del colegio, siempre repetían lo mismo: ojalá dejara de mirar por la ventana, de soñar despierta.

—Creo que sigues haciéndolo. □